



JACLR

*Journal of Artistic
Creation & Literary
Research*

JACLR: Revista de Creación Artística e Investigación Literaria (Journal of Artistic Creation and Literary Research) es una publicación bianual de la Universidad Complutense Madrid que aparece en texto completo, acceso abierto, y revisada por pares. La revista, publicada y editada por estudiantes graduados, ofrece trabajos de investigación, tesinas de grado y de master, junto con contribuciones originales de creación artística. El objetivo es que los estudiantes aprendan el proceso de edición de una revista científica. Los autores cuyos trabajos se publican mantienen los derechos de autor sobre los mismos para su publicación posterior en otros lugares.

Volumen 5 Número 1 (Junio 2017)

Mauricio López

"Wunter"

Para citar

López, Mauricio. "Wunter" JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 5.1 (2017)

<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

Mauricio LÓPEZ

Wunter.

Silvia dejaba reposar la quijada sobre la palma de su mano, mientras, a través de la ventana de madera abierta de par en par, veía descender a los pájaros sobre los bananos y a las mariposas revolotear sobre las flores multicolores del jardín delantero. Eran las ocho y treinta de la mañana de un viernes soleado. Recientemente había salido a vacaciones, y en cierto modo, era un alivio no tener que levantarse a las cuatro de la mañana para ir a la universidad. Lo único que le exigía su madre en tiempos de descanso, era cortar los bananos en tres o cuatro partes, y dejarlos sobre las canastas que ella colgaba a los árboles. Silvia sabía que era la manera en que, Adriana, su madre, recordaba a Wunter, e intentaba no fallar al tributo que se había convertido en una tradición entre ambas. Madre e hija vivían solas desde hacía casi quince años, y las personas que vivían al tanto de lo que ocurría en la casa del difunto Wunter eran, franca e inquietantemente, pocas.

Una de las personas que se preocupaba por el bienestar de Silvia y Adriana, era su vecina más cercana, una mujer entrada en años llamada Soledad. Casi todos los fines de semana, Soledad recibía a un buen número de invitados, en su gran mayoría familiares que vivían cansados del desenfrenado ritmo de la ciudad y buscaban recogimiento y tranquilidad en las afueras, en los caminos cubiertos de cascajo y los campos naturales abiertos. Al ser solamente dos días de la semana el tiempo que compartía en familia, Soledad se esmeraba por ser una buena anfitriona. En la cocina disponía de una despensa de vinos, una hilera de tarros que contenían un inmejorable número de especias cultivadas en su propia parcela, y distintos recipientes donde guardaba tomates fermentados y cebollas endulzadas en miel. Para ella no cabía la menor duda que, después de haber alcanzado los setenta años de edad, la mejor fiesta a la que podía aspirar, era cenar acompañada de sus hermanas menores, sus

respectivos maridos, y que sus sobrinos y sobrinas le pidieran un poco más de pan bañado en tomates fermentados y cebollas dulces. Soledad invitaba a Silvia y Adriana a estas cenas, y si corría con suerte, sus vecinas asistían una vez cada dos meses. Había empatía y confianza entre las tres, pero Soledad comprendía que no se sintieran del todo cómodas en reuniones tan familiares.

-Hay aires de lluvia. ¿No crees, Soledad?

-Siempre es así entre semana, Marina, si vinieras más seguido a acompañarme por estos meses del año, de seguro sabrías que en la mañana hace buen sol y en la tarde llueve finito.

-Y a qué vendría yo a acompañarte, ¿para atraer otra tormenta?

Marina suelta una risa seminfantil. Soledad frunce la frente y se le forman montones de arrugas. Da un resoplido. No le gusta que su hermana ría de esa manera, se le frunce demasiado la comisura de sus labios. La hacen lucir queda y desgastada.

-Me hago mayor, Marina y no sé hasta cuándo pueda seguir trabajando. Puede parecer que todo va bastante bien. Gozamos de buenos banquetes aquí, los chicos y las chicas se divierten, pero desplazarme cuesta, cada día más. Nada se sostiene solo.

-¿Qué es de ellas, de tus vecinas? Últimamente no las he vuelto a ver. Todavía recuerdo al padre de la chica, un tipo muy apuesto y temperamental.

Soledad no logra verlas con la regularidad que quisiera. En la mañana, cuando va al trabajo, consigue verlas esporádicamente, se saludan cortésmente, y cada quien sigue su respectiva ruta. No obstante, es un gesto que no le dice si han logrado sobreponerse del todo. En cierto modo, sentía que había fallado a una promesa.

-Quería invitarlas a una cena especial. O tal vez, preparar algo, empacar todo, e ir comer con ellas. No dejo de sentirme culpable por lo que le pasó a ese hombre. Wunter solamente tenía treinta y seis años cuando pasó todo eso.

-Da la casualidad que esa noche estaba contigo acá, en la casa-chalet. Aquella vez no llovía finito, como tú dices. Era como si un chubasco se hubiese convertido en el eje de una tormenta atroz. Los árboles se bamboleaban de un lado a otro y empezamos a gritar como dos histéricas. Pensamos que nuestro día había llegado. Era como presenciar la boca del infierno en medio de la vegetación. Entonces empezaron a sonar ferozmente esos golpes que nunca supimos de dónde venían.

-La naturaleza lucía enojada con nosotras esa noche. Qué terrible fue. Los golpes empezaron a hacerse tan fuertes que pensamos en huir de la casa-chalet. Entreabrí una ventana, pero el clima era espantoso afuera, tres metros hacia fuera no se veía nada. La tormenta había logrado ocultar casi la totalidad del paisaje. La noche se enrareció más cuando Wunter apareció enfrente de nosotras. No era una sorpresa que viniera a dar una mano ante cualquier peligro, dado que más de una vez me ayudó a sacar culebras de casa, pero ante semejante tormenta nadie sale de su nicho. Menos cuando en tu propia casa tienes por defender a tu mujer y a tu pequeña hija. No obstante, ahí estaba el bueno de Wunter. Había escuchado los gritos y había venido al rescate. Al poco tiempo de llegar él, empantanado y empuñando su machete, los golpes cesaron. Buscó en todas partes de la casa-chalet y no halló nada. Al cabo de diez minutos, la tormenta también cesó. A pesar de que lucía disgustado, Wunter nos abrazó a ambas, nos pidió que nos calmáramos y tomó el camino a su casa. Me quedé intranquila. Pidió tranquilidad, pero cuando nos abrazó sentí acelerado su corazón. El timbre de su voz era bastante exaltado y me dio la impresión que podía caer en estado de pánico en cualquier momento.

- A la mañana siguiente corrió el mensaje de que la lluvia había cobrado una vida. Fueron varios los que salieron a recorrer la vereda, a fijarse en los estragos que habían dejado el viento y la lluvia. Hasta yo salí a charlar con algunas personas, así apenas las conociera de saludó.

-Sí, cuando pasan ese tipo de cosas, que alguien pierde un techo o la mayoría sufre daños en sus casas, se suele compartir más tiempo. Sin embargo, no sé si aquella vez era verdaderamente solidaridad entre unos y otros, o los restos del miedo. A pesar de que había corrido la voz de que alguien había muerto, la gente lucía más preocupada por los daños que habían sufrido sus casas. Pregunté a unos y a otros por la persona que había perdido la vida y desviaban la conversación hacia los almendros y los guayacanes caídos, el tiempo que tomaría a la electricadora volver a eruir los postes y los costos que conllevaría la instalación de los nuevos transformadores. Cuando por fin supe que la persona que había muerto era Wunter, sentí una ola de vergüenza sobre mis hombros. ¿Qué derecho tenía a quitarle a su padre a una niña? Me abochornaba de solo pensar en tener que mirar a Adriana a los ojos y decirle que lo sentía. No obstante, fue ella quien tuvo que venir a mí y no yo a ella. Fue ella quien hizo ese acercamiento e intentó convencerme de que no tenía nada que reprocharme, que su marido venía desde hacía meses muy preocupado por los problemas con los pozos negros que se estaban descubriendo en la vereda y que, probablemente, fue esa la razón principal de su muerte prematura. Según Adriana, Wunter había regresado

aquella noche a casa sin un rasguño, solamente empapado y con las botas empantanadas. Adriana se encargó de secarlo y ofrecerle ropa abrigada. Wunter estaba tan cansado aquella noche, que le pidió que durmiera con la niña en la otra alcoba.

Pasar varios días de corrido acompañada por los sonidos de los pájaros y los cultivos de auyama, breva y orégano, hacía retomar fuerzas a Silvia. La vida al interior de la ciudad y de la institución educativa a la que asistía-poblada de mucho ruido aturdidor y motivaciones predecibles-, no le daba muchas alternativas a pensar en el futuro ni en el pasado, y tal impedimento casi siempre terminaba por aburrirla. La vida en el campo, a pesar de que contaba con un tedio particular, le ofrecía la posibilidad de descartar y elegir imaginativamente diferentes cosas. Caminar por el campo, ver a sus pies la hierba o el cascajo, la proyectaban más extensamente. Cortar las rebanadas de banano y ver descender a los pájaros, le permitía volver a pensar en Wunter como hombre y no únicamente como su padre. Para ella estaba claro que Wunter no fue un hombre muy apreciado por la comunidad donde ella seguía viviendo. El hecho de que Wunter prefiriese caminar con un costal de verduras al hombro a recibir una ayuda de movilidad o que siempre denegara la opción de subirse al automóvil de alguien, lo hacía pasar por una persona apática. Aún después de conocerse una parte de lo que fue su último día sobre superficie terrestre, -el cual estuvo revestido de circunstancias tempestuosas e incomprensibles-Wunter no llegó a ser una leyenda ni un mito de la vida campestre sino simplemente un forastero con problemas de empatía. Era la manera en que la vereda percibía a Wunter, y esa manera de ver las cosas distaba de cómo lo veían las dos personas más cercanas de Wunter en tierra extranjera, su hija Silvia y su mujer, Adriana. Una de las características más irresistibles de Wunter, le decía a menudo Adriana a Silvia, era su inmensa capacidad de renunciar a diferentes cosas que por lo general se podían considerar indispensables o prioritarias. Ciertamente, era esa capacidad de renuncia lo que lo hacía ver como un hombre que no había descendido del todo de una ladera a la que casi nadie tenía acceso. Volver a pensar en Wunter como hombre, llevaba a Silvia a repensar algunas historias que éste le contaba de niña, las antiguas historias sobre hipogrifos rojos y azules-unos animales enormes que contemplaban el mundo desde laderas desconocidas o desde el espacio exterior y solían participar en las aventuras de mujeres indecisas o con múltiples identidades-y en el posible significado que su padre hubiese querido que tuviesen estas narraciones cortas sobre la futura identidad de su hija. Quizá Wunter quería fomentar el amor por los animales a su hija, sin importar color, tamaño o la especie a la que pertenecieran, o insinuar que todo le iría bien en la vida si siempre tenía un animal al lado. O tal vez, lo que intentaba transmitir Wunter, era que en la vida de toda mujer siempre habrían múltiples identidades, y que ella no estaría exenta de la ausencia de certezas sobre su propia identidad, de caminar por una faz cimentada en ambigüedades y contradicciones.

-¿Y qué es todo esto?-pregunta Silvia, sorprendida y pasmada de ver la sala comedor ocupada por decenas de calabazas.

-Y tú qué haces ahí parada, ven y échame una mano. Sobre la mesa están tus herramientas-dice Adriana apresurada, cómo si hubiese verdadera premura de terminar pronto lo que estaba haciendo.

-Yo me encargo del jardín, tú de lo que hay dentro de la casa, ¿no lo habíamos pautado ya?

-Vamos chica, esta es una excepción. Además que el trato no era del todo así. Me encontré a Soledad en la mañana y nos invitó esta noche a ambas a su casa. ¿Qué mejor manera de inaugurar tus vacaciones que con una buena fiesta entre vecinas?

-No tenías que sacrificar las auyamas antes de madurar por ese motivo. Además que si declinas tantas invitaciones, ¿por qué no habrías de sacar una excusa en este caso?

-No sé, tal vez pensé que si no aceptaba esta vez, nunca más se avecinaría una invitación. Pero bueno, por lo menos dime cómo van quedando, ¿qué ves en ésta?

-Un oso, tiene la cara de un oso.

-¿Y ésta otra?

-Un loro.

Adriana sonrío orgullosa. Al parece no esperaba haber hecho tan buen trabajo. Llevaba un tiempo considerable sin crear figuras con auyamas.

-Acertaste en ambas. Mira qué buena artista es tu madre, querida.

-Y con éstas qué piensas hacer, con las calabazas cortadas por la mitad.

-Solo un par de cocteles tropicales.

Silvia se queda mirando a Adriana, sin entender por qué esta haciendo tantos preparativos para un encuentro informal, entre viejas conocidas.

-Si no puedes colaborar con esto, busca dos lindos atuendos para esta noche. Y dos máscaras.

-¿Máscaras?

-Es una fiesta de disfraces, ¿no pensarás llevar a tu madre sin una máscara?

Cae la noche sobre la vereda.

Allí están ambas, Silvia y Adriana, acompañadas de un buen número de calabazas distribuidas en los asientos traseros y en la maleta de la camioneta. Delante de ellas está el portón color negro mate, a solo unos momentos de ser abierto por Soledad o alguna de las otras invitadas. Se abre el portón. Lo abre una persona disfrazada, posiblemente una persona joven o alguien que conserva la vitalidad de la juventud. De lo que están seguras Silvia y Adriana, es que se trata de alguien que se toma verdaderamente en serio los disfraces y que, muy probablemente, no sea Soledad quien se oculta detrás de todo ese espeso pelaje rojizo, veteado por capas azules. Entran y aparcan la camioneta junto a un árbol de mango. Silvia empieza a sacar una por una las calabazas que contienen los cocteles tropicales. Asimismo, Adriana empieza a sacar del maletero las auyamas con figuras de animales. La misma persona disfrazada que les abrió el portón, las ayuda a llevar todo lo que traen al lugar donde están los demás invitados. Silvia y Adriana dan las gracias, pero la persona disfrazada de bestia peluda parece completamente enfrascada en su papel, y no asiente, ni hace gesto alguno para replicar que no había nada que agradecer o que hacía las cosas por el gusto de hacerlas. Ambas saludan a los demás invitados y reciben una calurosa mezcla de sonidos como respuesta. Unos han emitido graznidos, otros han soplado como el viento y otros han hecho sonar las cuerdas de guitarras y tiples. Hay varias mesas y suficiente comida para un cenar de personas. Se trata de un verdadero festín. Silvia le dice con la mirada a su madre que el preparativo que ha hecho probablemente termine perdiéndose. Hay varias personas en las mesas, pero aunque cada uno repitiera tres o cuatro veces su ración, terminará sobrando alimento. De beber no se podría precisar lo mismo, pues hay botellas de vino y whisky semivacías, diseminadas por los corredores externos o debajo de las mesas. Silvia desconoce cuántos siglos juntarán los comensales de la fiesta. ¿De dónde habían salido tantos hombres? ¿Ex amantes de Soledad? ¿Eran esos hombres casi calvos los chicos de los que hablaba Soledad? Le parece extraño ver a gente tan mayor emperifollada en disfraces de tan variados estilos. ¿Qué necesidad hay de disfrazarse a una edad avanzada? Silvia notaba cierta tensión en las exclamaciones de felicidad que iban y venían entre mesa y mesa.

-¡Ven Soledad, ven Soledad, nos estamos quedando solos!

Se escuchan risas en la mesa.

Soledad aparece acompañada de Marina, ambas cubiertas por antifaces y a todas luces reconocibles. Han traído otra bandeja de comida. Allí están los tomates fermentados y las cebollas bañadas en miel que no pueden faltar.

-Soy el suplicio- dice Soledad, acomodándose el antifaz.

-Y yo soy la tormenta- dice Marina, tan erguida y altiva como se lo permite el cuerpo.

-¡Y ambas conforman un nido de arrugas!

A las risas las acompaña un acorde de guitarra y un rasgado de tiple.

-Un brindis por Soledad, la mujer que regala pasajes al cielo a maridos propios y ajenos.

De algún lugar de la casa-chalet, provienen aleteos.

-¿Qué vamos a hacer mañana?

-¡Otra fiesta de disfraces!

Varias botellas de vino se descorchan. Hacen un sonido leve. Las copas de Adriana y Silvia se llenan, como las de los demás invitados. La gente comienza a intercambiar asientos y hay quien la embriaguez no lo deja tenerse en pie.

-¡Esta ronda es por Wunter y sus miedos a las aguas negras y los pozos negros!

-¡Salud! ¡Por una vereda hundida en los pozos negros que imaginaba Wunter!

Se escucha un fuerte aleteo y un corte al viento. Esta vez el sonido proviene de fuera de la casa-chalet. Los invitados pican de diferentes platos, saborean la buena sazón de Soledad. Se siguen destapando botellas. Por las mesas ruedan calabazas y varias van a dar al piso. Soledad mira el reloj y ve que son las once de la noche. Hora de dar paso a un viejo juego. El juego consiste en poner las manos sobre los ojos del jugador y que éste último adivine a quién de los invitados están señalando en ese momento. Soledad y Marina explican el juego a los que no lo conocen. Soledad tapa los ojos de uno de sus invitados, Marina señala a alguien entre el público y pregunta a quién está señalando. La persona que tiene bloqueada la vista falla en tres oportunidades. Esta vez es Soledad quien cubre sus ojos con las manos de Marina y Adriana pregunta a quién está señalando. Soledad acierta en las tres ocasiones. Evidentemente, hay una ventaja para Soledad, pues conoce a sus invitados y los lugares que suelen elegir en la mesa. Los aciertos de la vieja Soledad no dejan de ser asombrosos para algunos de los invitados que conocen el juego. Soledad explica a los que no han entendido muy bien la dinámica del juego que el truco para acertar está en captar cuál fue la última persona en hablar entre el público y en algunos casos, en saber percibir ciertas maneras de respirar o de contener el aire. Adriana pasa a ser la siguiente jugadora y acierta en dos ocasiones. Recibe un aplauso. Los brindis disparatados continúan y dejan de lado el juego

que a Soledad le da por hacer cuando ve que la reserva de vino está a punto de expirar. Los corchos hacen iplaf! Y son sacados de las botellas. La fiesta sigue y la mitad de los invitados está en el suelo. Cierran los ojos, parpadean por un rato, creen ver pozos negros en el cielo, y vuelven a abrir bien las cuencas de los ojos. Silvia le pida a Soledad que la deje ser la última jugadora de la noche y se sienta en una silla enfrente de algunos invitados que, bien o mal, conoce. Quién es, pregunta Soledad. Se escuchan murmullos, resoplidos, ronquidos, y por último, un aleteo. Un manojo de pelos cubren los ojos de Silvia. Está intranquila, pero no quiere alterarse más de la cuenta en una fiesta en la que cualquier grito podría conllevar un paro cardíaco fulminante en varios de los invitados. Sin embargo, las voces se agitan y se quiebran sin ella haber dicho nada. El aleteo toma forma y ritmo. Silvia puede ver nuevamente. No hay nadie que le esté tapando los ojos. Los invitados, hechos un manojo de arrugas y suspiros, miran al cielo, más concretamente a la luminosa luna, sobre la que se despliega un enorme animal rojiazul que despliega sus alas. Desciende sobre la vereda y vuelve a ascender, hasta perderse en medio de la luz lunar. Qué visibilidad tendría ella desde allá arriba, se pregunta Silvia, mientras recuerda a Wunter y su afición a contemplar el vuelo de hipogrifos y la aparición de pozos negros allí donde ella solo veía nubes negras y chaparrones antes de caer.

Bioprofile of the author: Filósofo de la Universidad Industrial de Santander, máster en literatura comparada y estudios culturales de la Universidad Autónoma de Barcelona y candidato a doctor por la Universidad Autónoma de Madrid en el programa doctoral: Estudios Artísticos, Literarios y de la Cultura. Mauricio López ha publicado artículos y reseñas en revistas literarias y culturales de España, Venezuela y Argentina. Hace parte del consejo de redacción de la revista *Journal of Artistic Creation and Literary Research* de la Universidad Complutense de Madrid. Temas como la recepción literaria, la intertextualidad, la literatura comparada, el pragmatismo norteamericano, la historia de la filosofía, la tragedia griega y la filosofía del lenguaje, han sido campos de interés predilectos tanto en el periodo estudiantil como en la vida profesional de Mauricio López.

Contact: maulop88@gmail.com